

NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

TOMO LIV

2006

NÚM. 1

“¡O CAPTIVO CAVALLERO!” LAS PALABRAS DEL GIGANTE EN LOS TEXTOS CABALLERESCOS

Es bien sabido que el gigante, en los textos caballerescos, se presenta como un ser soberbio, ajeno a toda norma social, tan pagado de sí mismo que desprecia cualquier contendiente y se enfurece al menor contratiempo. Su soberbia se evidencia no sólo en sus acciones, sino también (y de forma muy especial) en sus palabras. Es su expresión la que nos da la clave de la desproporcionada jactancia que caracteriza a estos personajes¹.

La lucha entre el héroe y el gigante es una de las piezas fundamentales de los libros de caballerías; a esa lucha suele preceder una conversación en la que el protagonista desafía al gigante, conversación en la que encontramos una serie de lugares comunes².

La soberbia se erige, pues, como el rasgo definitorio de estos seres, rasgo que se opone a la medida y la cortesía. El gigante es desmesurado en su proporción física, en sus acciones y también en su forma de hablar. La desmesura expresiva del gigante lo opone al comportamiento cortés y civilizado del héroe

¹ Sin embargo, como dice A. M. MORALES, en “la literatura podemos encontrar gigantes pertenecientes a varias categorías diferentes, porque aunque todos comparten el rasgo común de la descomunal estatura, lo que les da su nombre, no todos los gigantes son iguales” (“Los gigantes en la literatura artúrica”, en *Voces de la Edad Media. Actas de las Terceras Jornadas Medievales*, eds. C. Company, A. González, L. von der Walde y C. Abellán, UNAM, México, 1993, pp. 179-186).

² Sobre la lucha contra el jayán, presenté una comunicación (“El combate contra el gigante en los textos caballerescos”), en el X Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval, Universidad de Alicante, 16-20 de septiembre de 2003, cuyas actas están actualmente en prensa. Allí analizaba los motivos y lugares comunes de los aspectos bélicos de estos combates.

caballeresco: desproporción física y desmesura expresiva parecen ir de la mano³.

Cuanto más alejado de ese mundo civilizado, tanto más se distancia de la expresión verbal social. En el punto más lejano de la civilización encontramos al gigante salvaje, más cercano a lo animal que a lo humano, que tiende a ser incapaz de articular palabras. Este gigante salvaje no habla, tan sólo ruge o grita sin que se le entienda; carece del don de la palabra:

El jayán estava vestido de pieles de animales y parecía en su figura d'estos jayanes ser gente apartada de la conversación de los otros. Tomó a dos manos un palo que apenas tres hombres le pudieran alçar. Con una boz muy ronca començó de fablar, mas no pudo don Polindo entender⁴.

Su figura indicaba que era “gente apartada de la conversación de los otros”, esto es, su aspecto casi animal es indicativo de su incapacidad de articular palabras. Viste pieles de animales y no la armadura propia del guerrero. Sus armas son un “palo”, y no la espada o la lanza. Su apariencia resulta inequívocamente cercana al salvaje (éste cubierto tan sólo por su vello) y su incapacidad de articular palabras está en consonancia con su aspecto.

Pero sin llegar a estos extremos, existen otros gigantes que, siendo capaces de hablar, se alejan de las normas de comportamiento lingüístico apoyadas en la cortesía. Los insultos, el desprecio por el prójimo y la jactancia son los rasgos propios de su expresión. Confiados en su propia fuerza, no conciben que se les haga frente.

El autor de libros de caballerías aspira a representar el habla de los gigantes atendiendo al decoro; pretende que la forma de expresarse de estos seres resulte coherente con la imagen

³ BALTASAR DE CASTIGLIONE afirmaba: “Así que, viniendo agora a hablar de la disposición de la persona, digo que basta, quanto a la estatura del cuerpo, que ni sea en extremo grande ni sea en extremo pequeña, porque entrambas cosas traen consigo una cierta maravilla perjudicial, y suelen los hombres desta suerte, así demasidamente grandes o pequeños, ser mirados casi como unos monstruos; mas si me preguntáis cuál destos dos extremos escogería yo antes por menos malo, deciros he que el ser muy pequeño; porque verdaderamente los hombres estrañamente grandes, demás de ser comúnmente groseros, son desmañados y inhabiles...” (*El Cortesano*, ed. R. Reyes Cano, trad. J. Boscán, Espasa-Calpe, Madrid, 1945, p. 98).

⁴ *Polindo*, ed. M. Calderón Calderón, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2003, p. 67.

que quiere ofrecer de ellos. Pero, como el jayán es un ser imaginario, el escritor carece de referentes reales a los que acudir, por lo que recurre a la representación tópica de estos seres en obras literarias previas. De esta manera, el decoro se apoya en la coherencia con referentes literarios anteriores. Existen desviaciones frente a esos tópicos que conforman el referente literario, pero esas desviaciones se explican porque tampoco todos los gigantes son iguales. Para analizar la individualidad de cada gigante hemos de partir del grado en que se ajusta a esos referentes. No resulta fácil determinarlos, especialmente porque no son tan homogéneos como se pretende, pero sí pueden encontrarse rasgos comunes, así como palabras y expresiones reiteradamente utilizadas que reflejan actitudes paralelas en numerosos gigantes del *corpus* de textos caballerescos del siglo xvi.

Nuestro objetivo es analizar esos paralelismos para establecer los referentes que sirven como modelo básico de habla gigantea. Pero también nos proponemos analizar esas expresiones desde el concepto de decoro, esto es, una vez determinados los motivos recurrentes de la expresión del gigante, establecer qué rasgo de la personalidad del jayán determina.

LAS PALABRAS DEL GIGANTE ANTE EL DESAFÍO

Cuando un caballero tiene intención de desafiar a un jayán y se presenta ante él, éste, antes de nada, lo interroga sobre su identidad. La identidad caballerescas es realmente importante. Derrotar a un contrincante implica asumir todas sus victorias, tal como sabía muy bien don Quijote. Por ello, el caballero muchas veces intenta escamotear esa información ante el gigante. La insistencia del jayán en ocasiones es asombrosa, como se comprueba en la *Historia del emperador Carlo Magno y de los doze pares de Francia*, donde Fierabrás intenta averiguar con insistencia quién es el caballero contra el que lucha, que no es otro que Oliveros. Pero éste, astutamente, se ha presentado bajo un nombre falso, Guerin, y se ha definido como un pobre hidalgo⁵.

Ese deseo de ocultar el nombre, tan propio de los caballeros andantes, se ha de relacionar también con la humildad: el

⁵ *Historia del emperador Carlo Magno y de los doze pares de Francia*, en *Historias caballerescas del siglo xvi*, ed. N. Baranda, Fundación José Antonio de Castro, Madrid, 1995, t. 2, pp. 431-617.

caballero se presenta ante el peligroso combate con su fuerza y su valor, y no pretende apoyarse en las glorias pasadas ni en el prestigio conseguido, una actitud contraria a la del gigante, que exhibe orgulloso sus logros pasados.

El jayán, por tanto, se esfuerza por saber quién es el guerrero que quiere luchar contra él. Pero realiza la pregunta de forma excesivamente directa como para ser cortés⁶:

–¿Quién eres tú cavallero?⁷

–¿Y quién es el cavallero que conmigo quiere la batalla?⁸

–¿Quién eres tú que con tanta osadía has assí subido?⁹

–¿Quién eres tú, que me mandas que dexé el juego por aver batalla?¹⁰

–E tú, ¿quién eres? (*Carlo Magno*)¹¹.

–¿Tú quien eres, o qué te va en esso?¹²

–Ante que te responda, me di quién eres porque sepa quién es el que tanta locura trae, o si has perdido el seso que osas decir tantos desconciertos¹³.

⁶ A veces el gigante pregunta al caballero si es quien en el pasado realizó una determinada hazaña, normalmente acabando con la vida de algún pariente del jayán: “–Cata que me dizes maravillas. ¿Eres tú, por aventura, aquel a quien las donzellas llamavan? –Sí soy –dixo él– en tanto que Dios fuere servido” (GABRIEL DE VELÁZQUEZ DE CASTILLO, *Clarián de Landanís*, Juan de Villaquirán, Toledo, 1518, cap. 91, f. 113v a); “–¿Eres tú, cavallero, el que mataste a mi tío y a mi hermano, y a la guarda desta mi montaña?” (GARCI RODRÍGUEZ DE MONTALVO, *Sergas de Esplandián*, ed. C. Sainz de la Maza, Castalia, Madrid, 2003, p. 160).

⁷ *Historia de la linda Melosina*, en *Textos medievales de caballerías*, ed. J. M. Viña-Liste, Cátedra, Madrid, 1993, p. 669.

⁸ *Primaleón*, ed. M. Carmen Marín Pina, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1998, p. 289.

⁹ FELICIANO DE SILVA, *Lisuarte de Grecia*, ed. E. Sales Dasí, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2002, p. 128.

¹⁰ JUAN DÍAZ, *Lisuarte de Grecia. (Libro octavo de Amadís de Gaula)*, Jacobo y Juan Cromberger, Sevilla, 1526, cap. 152, f. 181v a.

¹¹ Ed. cit., p. 464.

¹² MELCHOR DE ORTEGA, *Felixmarte de Hircania*, ed. M. del R. Aguilar Pardo, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1998, p. 61.

¹³ ALONSO DE SALAZAR, *Lepolemo*, Francisco Pérez, Sevilla, 1563, f. 53v a.

Normalmente, el caballero se limita a indicar su intención, luchar contra él. Ante esto, el jayán continúa el interrogatorio de una forma extremadamente directa, opuesta a los criterios de cortesía de los civilizados caballeros¹⁴:

—¿Cuál es tu demanda? —dixo el jayán¹⁵.

—O cabtivo cavallero, dime lo que vienes a buscar, que yo te responderé de tal manera que veas quán mal aconsejado fueste en venir acá¹⁶.

—Sí, soy —dixo él—, e vos ¿qué me queríades? (*Palmerín de Olivia*, p. 86).

—Cavalleros, ¿qué buscáis en mi castillo que sin licencia entráis donde no sabéis cuánto agradable será vuestra llegada? (Juan Díaz, *Lisuarte de Grecia*, cap. 18, f. 28v b).

—¿Qué es lo que queréis? —dixo el gigante (Juan Díaz, *Lisuarte de Grecia*, cap. 18, f. 29r a).

—Loco y osado cavallero, ¿qué es lo que me quieres por ventura? Yo pienso que tu desastrada muerte procuras (*Polindo*, p. 78).

—Dime hombre, ¿qué es lo que buscas? (*Lepolemo*, f. 53v a).

—¿Qué es lo que vosotros queréis...?¹⁷

—Di, triste hombrezillo, ¿qué es lo que tú me puedes querer, que tan de mañana me llamaste despertándome de mi dulce sueño?, por lo cual eres digno de muy cruda muerte, cuanto más osando parecer delante de mí armado¹⁸.

¹⁴ Junto a la pregunta sobre la identidad del contrincante y de su demanda, no es infrecuente que el gigante interroge sobre el provecho que pretende conseguir de luchar contra él: “—Soy —dixo él—, un cavallero que quiero allá entrar por ver esse rey que allá tienes. —¿Qué pro te tiene a ti esso —dixo el jayán—, sino tomar la muerte con tus manos?” (F. DE SILVA, *Lisuarte de Grecia*, p. 128).

¹⁵ RUY PÁEZ DE RIBERA, *Florisando*, Juan de Porras, Salamanca, 1510, cap. 14.

¹⁶ *Palmerín de Olivia*, ed. G. Di Stefano, Università di Pisa, 1966, p. 86.

¹⁷ *Florando de Inglaterra*, ed. C. Castillo Martínez, en J. M. LUCÍA MEGÍAS, *Antología de libros de caballerías castellanos*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2001, p. 260.

¹⁸ *Leandro el Bel*, Miguel Ferrer, Toledo, 1563, f. 3v b.

—¿Qué es lo que quieres, cavallero? Que yo soy por quien demandas¹⁹.

La respuesta del caballero implica la constatación de su deber:

—Mi demanda es —dixo Florisando— demandarte los males que has fecho y fazes en esta isla (*Florisando*, cap. 14).

—Vengo por te quebrantar essa sobervia —dixo el emperador (*Floramante de Colonia*).

—Fiera e desemejada vestia —respondió don Polindo—, sábeta que vengo a te castigar de los enojos que al rey, mi señor, as hecho y hazes (*Polindo*, p. 78).

La respuesta del caballero es el detonante de su furia. En su forma de entender el mundo, tan sólo una persona que no esté en su juicio puede atreverse a enfrentarse a ellos. De ahí que sea tan frecuente que hable de su contendiente como “loco”, “menguado de seso” o “sandío”:

—¡O, Geofre, cómo eres loco! ¿Quieres començar batalla con aquel cujo solo un golpe no savrás endurar que no cayas en tierra? (*Melosina*, p. 669).

...et Morlot dixo: —Aquesto hace con mocedad e poco seso²⁰.

—No me puedo yo creer —dixo el jayán— si no que tú eres loco, y que estás fuera de seso, pues tan osadamente fablas (*Florisando*, cap. 14).

—...Agora te tengo por más sandio que fasta aquí y quiero ver qué farás (*Primaleón*, p. 289).

—Locura me parece —dixo el jayán—, querer provar lo que en sí prueba no tiene, mas pues que assí es espera que yo te haré abrir, pues tanta confiança tienes en lo que ninguna seguridad tiene (F. de Silva, *Lisuarte de Grecia*, p. 128).

¹⁹ PEDRO DE LA SIERRA, *Segunda parte de Espejo de príncipes y caballeros*, ed. J. J. Martín Romero, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2003, p. 32.

²⁰ *Tristán de Leonís*, ed. M. L. Cuesta Torre, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1991, p. 22.

—Agora, don loco cavallero, veré yo en qué paran vuestras soberbias (*Polindo*, p. 32).

—Yo te aseguro que vienes sandío y para gozar una pieça de tu sandez te daré la seguridad que pides²¹.

—En verdad, a mi parecer vos sois loco o atrevido, o entrambas cosas²².

—Sandio cauallero, ¿qué es la causa que con armas tan disfraçadas has osado entrar en nuestro castillo?²³

Dando por sentado que vencerán, también es común que el jayán llame “cativo” a su contrincante. El caballero es “cativo”, esto es, “triste”, ya que, al haber osado enfrentarse al gigante su final está cercano (en opinión del jayán). Pero también es “triste” entendido como de poco valor, vil, mezquino, adjetivos que también utiliza el gigante para referirse a su contrario:

—Cativo cavallero, ¿cómo osas atender tu muerte, que te no verá más el que aquí te embió?²⁴

—¿Cómo, captivo cavallero, en tan poco mis grandes fuerzas tienes que ya como vencido con tanto abiltamiento me tractas? (*Sergas*, p. 168).

—O cabtivo cavallero, dime lo que vienes a buscar, que yo te responderé de tal manera que veas cuán mal aconsejado fueste en venir acá (*Palmerín de Oliva*, p. 86).

—¡Cativos cavalleros!, ¿cómo osastes parecer ante mí? Otorgadvos por mis prisioneros, que harto de ardid avéis hecho en osar parecer armados delante de mí (F. de Silva, *Lisuarte de Grecia*, p. 14).

²¹ FELICIANO DE SILVA, *Florisel de Niquea. (Tercera parte)*, ed. J. Martín Lalandá, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1999, p. 127.

²² ÁLVARO DE CASTRO, *Libro segundo de don Clarián de Landanis*, ed. J. Guijarro Ceballos, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2000, p. 357.

²³ JERÓNIMO FERNÁNDEZ, *Belianís de Grecia*, ed. L. E. F. de Orduna, Reichenberger, Kassel, 1997, t. 1, p. 404.

²⁴ GARCI RODRÍGUEZ DE MONTALVO, *Amadís de Gaula*, ed. J. M. Cacho Bleca, Cátedra, Madrid, 1991, p. 345.

—¡Ó captivo cavallero! Yo no sé quién te dio tanta osadía que pudieses hazerme tan gran enojo (*Clarián de Landanís*, cap. 32, f. 25r).

¡Captiva cosa! Sandíamente has respondido como aquel que estás en parte que no puedo de ti tomar castigo según la fama que tengo (Juan Díaz, *Lisuarte de Grecia*, cap. 47, f. 62).

—¡O, loco e cautivo cavallero, cuán cercana tienes la muerte en aver querido favorecer [a] aquellos tres traidores cavalleros! (*Po-lindo*, p. 178).

—¡Ó, captivo de ti, y más de mí si no te castigo el consejo que me quieres dar, porque tan miserable cosa piense qu'el poder de los dioses es bastante a librate del mío! (*Florisel III*, p. 85).

—¡Ó, captivo cavallero! —dixo el gigante—, ¿y piensas vedarme tú mi voluntad? ¡Espera y verás si serás tú para defenderme que no haga lo que por bien tuviere! (*Lepolemo*, f. 116r a).

La furia del gigante va en aumento. Como no entiende que un solo hombre haya tenido el valor de enfrentarse a él, acude a diversas explicaciones: enajenación, juventud, falta de entendimiento, imbecilidad... Pero también empieza a sospechar que el triste caballero ha sido movido por otra persona que quería vengarse de él, castigarlo o le ha infundido falsamente osadía para que lleve a cabo lo que el gigante considera una locura. Y así se lo pregunta, si bien con dejos de ironía:

—Cativo sin ventura, ¿quién te puso tal osadía que ante mí osasses parecer? (*Amadís*, p. 787).

—Cavallero, ¿cuál diablo te fizo aquí aportar? Que por mí serás puesto en tal parte donde otros muchos tengo, y essa tu gran fermosura avrá mal gozo (*Sergas*, p. 317).

—¡Traidor!, ¿quién vos fizo osado de entrar aquí?²⁵

—¡Ó, cativa criatura!, ¿qué desventura te traxo adonde tus pocas fuerças fenescerán? (F. de Silva, *Lisuarte de Grecia*, p. 17).

²⁵ *Corónica de los nobles cavalleros Tablante de Ricamonte y de Jofre*, en *Historias caballerescas del siglo XVI*, ed. N. Baranda, Fundación José Antonio de Castro, Madrid, 1995, t. 2, p. 250.

—Cavallero, ¿quién fue aquel que tan mal te quería que tan cono- cidamente a la muerte te aconsejó que vinieses? (*Polindo*, p. 78).

—Di, cautiva cosa, ¿quién te dio atrevimiento de me venieres con tal demanda? (*Florando de Inglaterra*, p. 261).

—Di, cavallero de la espantable figura, ¿quién diablos te ha traído aquí para aver hecho tanto daño cuanto los dioses no eran bastantes a hazer? (*Segunda parte de Espejo*, p. 58).

—¡Ó captivo cavallero! Yo no sé quién te dio tanta osadía que pudieses hazerme tan gran enojo (*Clarián de Landanis*, cap. 32, f. 25r).

Cuando el caballero responde, lo que el gigante no siempre le permite, expresa que se siente seguro y osado ya que se apo- ya en Dios y en la razón²⁶. Pero el gigante tan sólo puede concebir que el caballero, al enfrentarse a él, encontrará la muerte, de ahí que se plantee (a veces desde la ironía) que el caballero ha sido castigado a venir ante su presencia²⁷. Porque el gigante no puede comprender que un ser humano pueda enfrentarse a él, no cabe en su concepción del mundo que nin- gún hombre pueda atreverse a desafiarlo:

—¡Cómo! —dixo el jayán— ¿Y osado has tú sido de poner manos en mi cavallero que embiaba yo con mi mandado? (*Florisando*, cap. 14).

—Vós, don cavallero, ¿cómo fuestes osado de entrar en nuestro puerto sin licencia? (*Primaleón*, p. 21).

²⁶ “—Aquel Señor —dixo Beltenebros— a quien tú ofendes...”, en el *Amadís*; “—¡Bestia mala! —dixo el Cavallero de la Espera—, aquel Dios en quien yo creo me fizo venir para estorvar que no ofendas su santa fe, e assí podrán bastar mis fnerças pocas contra las tuyas grandes e desvariadas”, en el *Lisuar- te de Grecia*, de F. de Silva; “—Diablo, tú serás vencido y muerto con lo que yo trayo en mi ayuda, que es Dios y la razón”, en el *Amadís de Gaula* de Garci Rodríguez de Montalvo (p. 345). En estos ejemplos se percibe la intertex- tualidad, la *imitatio* que explica la construcción textual de los libros de caba- llerías, que presentan el mismo proceso de escritura-composición que el resto de textos literarios de su contexto.

²⁷ En la *Historia de Carlo Magno y de los doze pares de Francia*, Fierabrás ex- clama: “¿en qué erraste a Cario Magno que assí te embió aquí, como quien embía un cordero al carnicero?” (*Carlo Magno*, p. 464).

—Cosas viles y sandías, ¿qué atrevimiento y desaca[ta]miento tan grande os ha traído a buscar la muerte? (*Florisel III*, p. 376).

—¡O vil criatura! —dixo Argilón—. ¿Y tales palabras en mi presencia me osas dezir?²⁸.

—¿Qué osadía has tenido, que con tanto atrevimiento delante de nosotros te has puesto y tan sin temor de nuestra fortaleza has dado muestras de amor? (*Segunda parte de Espejo*, p. 177).

Esta incomprensión provoca una terrible ira en el gigante, que le hace prorrumpir en insultos, improperios y blasfemias contra sus propios dioses. Es sabido, que, junto a su soberbia, otra de las características más constantes del gigante es su paganismo²⁹. No ser cristiano lo convierte en un antagonista nato del héroe caballeresco. Por otra parte, la ceguera ante sus propios errores los hace no ver el error de su falsa fe. De ahí que los gigantes, furiosos ante un caballero que los enfrenta, invocan a sus dioses; “blasfemando contra sus dioses” reprochan la situación³⁰. Resulta muy frecuente, pues, que el gigante recrimine a sus dioses que consientan, sufran o permitan esa situación:

—¡Ó, cativo de mí!, ¿cómo mis dioses consienten que yo sea ultrajado de una tan pequeña criatura? (F. de Silva, *Lisuarte de Grecia*, p. 17).

—¡Ó, Dioses!, ¿cómo sufrís que yo sea abiltado de un mal cavalle-

²⁸ A. DE TORQUEMADA, *Olivante de Laura*, ed. I. Muguruza, Fundación José Antonio de Castro, Madrid, 1997, p. 97.

²⁹ J. M. CACHO BLECUA, *Amadís. Heroísmo mítico cortesano*, Cupsa Editorial-Universidad de Zaragoza, Madrid, 1979, p. 237; M. L. CUESTA TORRE, “Las insolas del *Zifar* y el *Amadís*, y otras islas de hadas y gigantes”, en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. J. Acebrón Ruiz, Universitat, Lleida, 2001, p. 24.

³⁰ “—¡Ó, mis altos dioses, si me avéis dado vitoria poniendo en mi poder al que tanto desseava, bien caro me lo avéis vendido, con la muerte de los míos y de aquel que más que todos valía! ¡Ó, mi buen primo Glorindo!, ¿y es posible que tu persona á venido a tal estado? Cierro serás vengado con las más crueles muertes que jamás se vieron, aunque pequeña será la vengança según tu valor” (*Felixmarte*, p. 126); “—¡Ó, dioses en quien yo creo! ¿Cómo o por qué vos tengo tan airados que assí por un solo cavalle-ro sean mis hombres y mi fijo todos muertos y vencidos? Pues no será vuestra saña tan crecida que mis fuerças no basten para contrastar y tomar vengança!” (*Sergas*, p. 320).

ro que dentro en mi casa me amenaza (Juan Díaz, *Lisuarte de Grecia*, cap. 18, f. 29r a).

—¡Ó dioses!, ¿por qué consentís que de un astroso cavallero oya yo tales palabras: después? (*Clarián de Landanís*, cap. 32, f. 25r b).

—¡Ó, injusto Mares!, ¿y cómo consientes que por una tan vil e tan pequeña cosa sea tan mal tratado? (*Florisel III*, p. 35).

—¡Ó poderosos dioses en quien creo!, y ¿qué cosas son éstas que se me representan...? (*Belianís de Grecia*, t. 1, p. 408).

—¡Oh, mis altos dioses! —dixo el gigante—, ¿y cómo avéis consentido que oy sea ultrajado por una tan vil cosa? Mas no me haréis tanto mal que d'él no tome la más cruel vengança que jamás fue vista (*Felixmarte*, p. 30).

—¡Ó dioses malvados, de quien yo hasta agora confiava que con mis sacrificios os tuviese contentos! No sé por qué permitáis que mis fuerças a tal tiempo se disminuyan, porque de la muerte de Argilón mi cormano no pueda tomar la vengança que mi corazón dessea; aunque será poca la enmienda y satisfacción que de una tan abatida y vil criatura como ésta se puede hazer (*Olivante*, p. 99).

—¡Ó, dioses fementidos! ¡Y es possible que vuestra deidad consienta que sólo un hombre se atreva a entrar conmigo en campo! Toma, emperador, ciento de los tuyos que contigo tienes y de los mejores, que a todos juntos os haré pedaços, que mis dioses no permitirán que aquel en quien ellos toda la potencia pusieron salga con solo un cavallero a batalla (*Segunda parte de Espejo*, p. 39).

Como puede comprobarse, el reproche a sus dioses por consentir una determinada situación se convierte prácticamente en un lugar común, pero un lugar común coherente con la imagen que se pretende dar del gigante. El jayán —contra el que nadie ha osado luchar y, si alguien lo ha hecho, ha pagado caro su osadía— se sorprende ante el hecho de que sus dioses permitan una situación inaudita para él: alguien se ha atrevido a hacerle algún mal (desde haber ultrajado su linaje, matando a alguno de ellos, hasta el mero hecho de ser desafiado por un único hombre). El gigante no lo comprende, le parece imposible, de ahí que el último ejemplo que hemos

citado (“¡Y es posible que vuestra deidad consienta...!”) sirva para encontrar otra expresión tópica de la incompreensión del gigante, que se pregunta si es posible que haya sucedido alguna de esas situaciones:

—¡Ó, Macón! ¿Y es posible que es éste el Cavallero de Cupido que a mi buen hermano Argofeo mató, agora á muerto mis cavalleros? No me pesa sino que para tan gran mal, tan pequeña vengança me queda (*Leandro el Bel*, f. 38v a).

—¡Ó, Apolonio! —dixo el uno de los gigantes—, ¿es possible que así ayáis muerto, viles criaturas, a nuestros cavalleros? (*Leandro el Bel*, f. 88v a).

—¡Ó, dioses! —dixeron los perversos gigantes—, ¿es verdad lo que éste nos dize y que tanto daño ay hecho, y que no busquemos la vengança d’estos malos cavalleros? (*Leandro el Bel*, f. 90v a).

—¡Ó dioses! ¿Qué puede ser esto, que en tiempo que tan gran servicio os aparejava queréis consentir que un cavallero de tan poco valor, sin que con mis fuerças le pueda empeçer, aya sacado de mi cuerpo tanta sangre de un solo golpe? Mas ya no seréis tan poderosos que, aunque para esto le avéis ayudado, le podáis librar de mis manos. Y yo os haré después el sacrificio conforme al favor que ahora de vosotros recibo (*Olivante*, p. 144).

—¿Y es posible, poderoso hermano, que cosa tan vil os ha muerto con tanta brevedad? (*Segunda parte de Espejo*, p. 58)³¹.

³¹ ANTONIO DE TORQUEMADA, autor del *Olivante de Laura*, nos ofrece, en su *Jardín de flores curiosas*, un ejemplo de cómo esta expresión se convierte en lugar común para la expresión de hombres extraordinariamente fuertes: “LUYS Aunque Milón fuesse tan fuerte como dezís, no dexo de hallar quien en su tiempo le hiziesse ventaja. Porque según algunos auctores escriven y Eliano lo refiere, uno que se llamava Titormo era entonces nombrado por hombre de muy grandes fuerças, y yendo Milón en su busca y haviéndolo desafiado, porque no podía sufrir su arrogancia que se dixesse que havia otro más fuerte que él, al tiempo que estava para pelear, Titormo tomó un pedaço de peña tan grande, que parecía impossible que uviesse fuerças humanas que pudiesen menearla, y levantándola del suelo, la arrojó dos o tres vezes con muy gran fuerça de sí; y después, poniéndola en los hombros, la llevó tan grande espacio que Milón, quedando muy espantado de lo que vía, començó a dezir: «¡Ó, dios Júpiter, y es possible que ayas traydo otro Hércules al mundo!» Pero deste no se sabe si tenía las canillas senzillas o dobladas” (en *Obras completas*, ed. L. Rodríguez Cacho, Fundación José Antonio de Castro, Madrid, 1994, t. 1, p. 559; las cursivas son mías).

La expresión “¿y es posible que...?” indica una enorme sorpresa, pero en boca del gigante se añade el matiz ineludible de incompreensión y de falta de aceptación de un determinado hecho. El enojo del gigante llega a sus extremos. El jayán, que apenas comprende la situación, se deja llevar por sus impulsos básicos, unos impulsos que lo llevan a la venganza. Las amenazas del gigante llueven sobre el caballero. El jayán, todavía sin comprender el coraje de su adversario, le ordena que espere la muerte a sus manos y que no intente huir:

—Cativo cavallero, ¿cómo osas atender tu muerte, que te no verá más el que aquí te embió?; y aguarda y verás cómo sé ferir de maça (*Amadís*, p. 345).

—¿Cómo, astroso cavallero, húyesme? Atiende tu muerte, pues tú haziste lo que nunca otro hombre hizo (*Clarián de Landanís*, cap. 91, f. 113v a).

—No huyas, malaventurado, que en toda en esta tierra no puedes guarescer, ca yo te haré que esta sea la postrera aventura que hagas en este mundo (Juan Díaz, *Lisuarte de Grecia*, cap. 18, f. 29r b).

—¡Ó, vil y cosa astrosa, aguarda la respuesta de tal sandez! (*Florisel III*, p. 219).

—No me fuyas, vil y captiva cosa, que en parte no podrás esconder-te que no pagues el atrevimiento de me aver despertado (*Florisel III*, p. 219).

—¡Espera, cavallero! ¡No huyas, porque no podrás escapar de mis manos! Dime si eres tú el Cavallero de Cupido [que] al valeroso gigante mataste, para que recibas la muerte por mis manos en pago del maleficio que cometiste tú y el famoso emperador que allí va preso (*Lepolemo el Bel*, f. 38v).

—¡Espera! Verás —dixo Branfor— si me suelen a mí los tales como tú aconsejar con semejantes razones, que yo te daré a conocer el pago que de tu atrevimiento mereces, que harto de mal sería quando para vencer yo diez tales como tú uviesses menester ayuda (*Olivante*, p. 99).

—Espera, malaventurado, que yo diré cómo has de dar consejo do no se te demanda, que tu locura no merece otra respuesta (*Olivante*, p. 566).

Pero ningún castigo le parece suficiente para alguien que ha osado molestarlo:

—¡Ó sin ventura de mí! ¿Qué vengança puedo yo tomar en tan ca-tiva cosa? (*Sergas*, p. 148).

—¿En quién tomaré la vengança pues que un solo cavallero y no más me queda de conquistar...? ¡A los dioses pluguiesse que, para que mi saña y fuerças bien empleadas fuessen, que tuviesse agora delante de mí aquel Amadís de Gaula...! (*Sergas*, p. 160).

—¿Y que vengança tomaré yo por vencer a un cautivo cavallero? Por despreciado me tendría de aver tomado armas para él solo (*Primaleón*, p. 289).

—¡Ó, Júpiter, y qué daño y que poca vengança d'él me has dexado! (*Florisel III*, p. 85)³².

La vanagloria gigantea lo aleja del comportamiento cortesano. Pero el jayán parece no darse cuenta, y en ocasiones, con la intención de mostrar cortesía, aparenta todo lo contrario, ya que hace propuestas inaceptables a su contrincante, a no ser que se reniegue de la propia honra. De esta manera, no es infrecuente que el jayán considere que el caballero, al ver su temible presencia, se haya podido asustar y se arrepienta de haberlo desafiado:

—Pues, cavallero, ¿estás arrepentido de tu locura de aver venido como desesperado a tomar la muerte? (*Lepolemo*, f. 54r a).

—Di, captivo cavallero, ¿tiénesme temor agora que me veis donde la muerte muy ligera te será? (*Polindo*, p. 79).

—¿Di, mal andante cavallero, que darías por estar fuera d'este castillo en el cual as querido entrar por tu voluntad...?³³.

³² En estos casos volvemos a encontrar unas semejanzas lingüísticas que nos hacen pensar en una relación de intertextualidad. Es difícil determinar qué pasos intermedios y qué relaciones “genéricas” explican la similitud entre estas expresiones, pero resulta evidente que esa intertextualidad existe.

³³ *Felix Magno*, ed. C. Dematté, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2001, t. 2, p. 34.

—Bien creo, cavallero, que mi presencia te avrá puesto algún temor. Y porque me pareces en tu talle y buena disposición cavallero de precio, te suelto la batalla y te doy licencia que te buelvas o te quedes en mi compañía (*Segunda parte de Espejo*, pp. 26-27).

E incluso, algunas veces, el jayán asume antes de que suceda que su adversario se asustará ante su presencia:

Guerín, tú estás todavía en tu loca porfía, mas creo que quando me vieres en pie, que solo de la vista te espantarás (*Carlo Magno*, p. 466).

Esto puede llevar al gigante a concebir que el héroe pueda estar dispuesto a abandonar el combate, por justo que sea, atemorizado ante la fiereza de su aspecto.

Con esta actitud se aleja de todo comportamiento cortés y cortesano. Su actitud arrogante y autosuficiente se contrapone al criterio establecido por Castiglione en *El Cortesano*, donde se recomienda huir sobre todo de “la vanidad de quererse mostrar gran hombre y señalado entre todos; guárdese de alabarse desvergonzadamente, porque con esto cuantos le oyeren se moverán a odio y a asco contra él”³⁴.

El gigante, sin embargo, cae en la vanidad de mostrarse “señalado entre todos”, ganándose la antipatía del lector. Esa vanidad mueve al jayán a mostrar lo que él considera nobleza y que no es más que soberbia, y para ello ofrece a su enemigo la posibilidad de marcharse. El gigante considera que es un acto de clemencia, pero en realidad se trata de cortesía mal entendida, ya que el caballero no puede abandonar una lucha por temor; en otras ocasiones le parece deshonroso luchar contra un adversario al que desprecia:

...et Morlot dixo: —Aquesto hace con mocedad e poco seso— et díxole: —Cavallero, vós sois mucho moço, porque os aconsejo que dexéis esta batalla.

...et Tristán dixo: —Desemos la habla e comencemos la batalla, que no se a de librar por razones (*Tristán*, p. 22).

—Por mi fe, loquillo... te querría hazer grand cortesía. E es que tú tornes por do eres venido... (*Melosina*, p. 669).

³⁴ CASTIGLIONE, ed. cit., p. 96.

—Mas, pues agora la tengo en mi poder viva, la daré a comer a mis leones, y a vosotros, cavalleros, porque ella vos trae engañados, vos perdono las vidas, id vos vuestro camino y dexad la donzella (Juan Díaz, *Lisuarte de Grecia*, cap. 18, f. 29r a).

—Dexad las armas y la donzella, e id vos en paz, ca cierto mucho me pesaría de vos matar, no por buen amor que os tengo, por ser cristianos, que es la cosa deste mundo que más desamo, mas porque no es mi honra poner espada en tan cativas cosas como vosotros (Juan Díaz, *Lisuarte de Grecia*, cap. 18, f. 29r b).

—Hora te buelve por donde veniste el mejor de los cavalleros —dixo el:jayán— que sin falla por tal debes ser tenido por sólo este esfuerço e gran osadía. Digo esto porque tú muerto conozco que harías gran falta entre las gentes de tu nación, e yo no quiero açar mi maça para matar una cosa tan pequeña para mí e tan grande para los otros, y cierto yo creo que los dioses te quieren bien, porque ninguno en mí:jamás halló tanta piedad como tú agora (*Clarián de Landanís*, cap. 91, f. 113va).

—...Por lo cual te quiero soltar la vida e aver de tu adulescente heidad compassión; porque quando de más días te vieres, la locura que en tí mora <se perderá> o te pusieron aquellos que tu muerte procuravan [se perderá] (*Polindo*, p. 78).

—Osadamente fablas, aunque eres pequeño de cuerpo. Y si tomas mi consejo, tú te bolverás y assí prolongarás tu vida (*Carlo Magno*, p. 463).

—Cavallero, porque me semeja que debes de venir sandío, de parte de Mandroco mi hermano, señor del castillo de Aldarín que es éste, te digo que te vayas si no quieres con tu demanda demandar la muerte o la prisión. Y usamos contigo d'esta cortesía porque estamos en tiempo que tenemos necessidad de cavalleros (*Florisel III*, pp. 126-127).

—Si tan cumplido eres de bondad —dixo el gigante—, quanto de palabras, razón tienes de pedirme esso, porque yo, ni nadie, bastarían a te hazer ventaja; mas dígo te que aunque en ti no aya más de lo que has dicho, eres digno de alabança. Por tanto, holgaría de saber quién eres, y podría ser que te perdonasse el enojo que me has hecho si tú quisieses ir conmigo adonde serías honrado conforme a tu merescimiento (*Felixmarte*, p. 30).

—Miserables cavalleros, quando prometistes a la reina Arquisilora vuestras personas, ¿con quién pensastes aver batalla, que assí

creíste tener poder para cumplir su voluntad? Y si por ventura os sentís engañados, nosotros seremos contentos de soltar la palabra, con condición que le vais a dezir que embíe personas de hecho y no a tales como vosotros (*Segunda parte de Espejo*, p. 140).

En ocasiones, el jayán quiere luchar en franca desventaja, enfrentándose a varios caballeros a la vez, pues le parece inaceptable combatir contra un único caballero:

—Pues —dixo el jayán— yo consiento que seáis a mi todos cuatro... El jayán respondió: —Yo no quiero que sea así, sino yo solo contra vosotros y aun no quiero tomar lança (*Florisando*, cap. 17).

—¡Cómo en desdén bien fabláis como mancebos y personas que me no conoscéis...! Y porque sepáis cuán poco vos temo venid ambos de consuno y yo os quiero atender sin lança y si me derrocardes os daré mi cavallo, y ganaréis tanta honra cual vuestro padre no ha ganado mayor (Juan Díaz, *Lisuarte de Grecia*, cap. 69, f. 83v b)³⁵.

—Quiero que sea publicado que en igual campo un tan solo cavallero maté o si, por ventura, quieres cien tales como tú traer; a los cuales ligeramente a mis dioses, como de ti, haré sacrificio con que les amanse la saña que en este punto contra mí tienen (*Polindo*, p. 78).

—Cativos cavalleros, por no me detener tanto ni hazer tanta cuenta de quien en tan poca devo hazer, venid juntos a mí para que paguéis lo que devéis a vuestro atrevimiento y os pague lo que devo a mi fortaleza (*Florisel III*, p. 376).

Otra veces se niega a utilizar una determinada arma o ir a caballo:

—¡Sé que no me hizieron los dioses tan sin fuerças que para este solo cavallero aya yo menester lança!

E arrojóla de sí con tanta fuerça que se halló averla echado ciento y veinte passos. E díxole:

—¡Agora venid a mí cuando quisierdes!

³⁵ Al gigante, además, parece deshonoroso luchar de otra forma: "...no es mi honra poner espada en tan cativas cosas como vosotros" (JUAN DÍAZ, *Lisuarte de Grecia*, cap. 18, f. 29r b). Lo normal es que el gigante insista en sus propuestas: "...Mas el jayán porfió diziendo que en ninguna manera aceptaría la batalla, salvo de la manera que avía dicho" (*ibid.*, cap. 69, f. 83v b).

Riramón le dixo que por cosa del mundo no justaría con él si lança no tomava; que, si justar no quería, que jugaría con él de porra, pues del arzón colgada la traía (*Clarián II*, p. 207).

Pero el héroe no puede aceptar estas proposiciones³⁶, ya que es consciente de que ello implicaría atenuar su victoria, en caso de alcanzarla. Así lo entiende don Clarián, que se niega a que su gigante adversario luche sin yelmo ni lanza:

—Por buena fe, éssa es una honra que yo muy poco vos agradezco. Eso es querer poner algún defecto en mi victoria, que dirán los de vuestro vando que por no tener todas vuestras armas fuistes vencido. Pues hazed bien, señor, e tomad lança e poneos vuestro escudo pues ya os pusistes en campo, que os hago saber que, de cualquier suerte que seáis vencido, avéis perdido vuestra honra. E no penséis que se suena por el mundo el cómo se venció hulano, sino quién lo venció (*Clarián II*, p. 180).

La cortesía mal entendida del gigante se opone a la cortesía real, siempre alejada de la soberbia. El comportamiento verdaderamente cortés es justamente el opuesto a estos ofrecimientos del gigante. Un ejemplo de cortesía real lo encontramos en Palmirandro —uno de los personajes de *Febo el troyano* de Esteban Corbera—, que, en una ocasión en que lucha al haber sido desafiado, lleva ventaja a su contrincante, Belianisdel de Tiro. Pero, cuando los jueces deciden interrumpir el combate sin determinar cuál es el vencedor, finge que era él quien iba a resultar derrotado, “pareciéndole que con cuanta más cortesía se apartase, más gloria ganava, por parescerle que a todos era manifiesta la tan crecida ventaja suya”. Palmirandro, cortésmente, agradece que hayan interrumpido la lucha:

—Soberano señor, bien parece la vuestra merced conservar bien l’amistad por vós a mi padre prometida, fuera de la execución de la justicia del príncipe Floribacio, pues de tan buena obra conmigo usáis, que me saquéis con honra de donde tan poca seguridad para la ganar puedo tener, por que yo aceto la buena obra, si con licencia d’este cavallero se permite³⁷.

³⁶ En ocasiones, sin embargo, el caballero sí las acepta, pero nunca se trata del héroe, del protagonista central de la obra, sino de personajes secundarios.

³⁷ ESTEBAN CORBERA, *Febo el troyano*, ed. J. J. Martín Romero, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2005, p. 98.

Palmirandro sabe que mostrar cortesía no hace más que aumentar la gloria que ha conseguido con las armas, y su contrario, el rey Belianisdel de Tiro, es consciente de ello: “—Palmirandro de Rusia, bien parece que conoces la gloria que de la mía se te ha dado por los juezes, pues assí con las palabras la quieres doblar por parecerte tenerla segura; las cuales no te agradezco, ni a ellos” (*loc. cit.*). El gigante ignora este tipo de comportamientos corteses y, considerando sus fuerzas, piensa que, al dar por sentado que vencerá, resulta una “cortesía” dar la opción a su contrincante de que se vaya.

Cuando finalmente comienza la lucha, el gigante comprueba que no es tan fácil acabar con su adversario. Ante la imposibilidad de derrotar al héroe, el gigante busca desesperadamente una explicación que le permita comprender una situación inconcebible para él. En su soberbia no puede aceptar la idea de que un ser humano pueda enfrentarse a él y no ser derrotado, por lo que inmediatamente acude a otra posibilidad: su contrincante no es humano, sino un ser superior que por algún motivo (normalmente la envidia) ha decidido luchar contra él. Ese ser superior puede ser un diablo, un encantador, el dios Marte o algún otro, e incluso la propia muerte:

—Tú algún diablo con armas debes de ser, que assí por fuerça has passado las dos puertas y vencido en ellas uno de los mejores cavalleros del mundo, pésame que tu muerte nos dará poca vengança (*Sergas*, p. 148).

—¿Tú eres diablo o algún encantador? (*Polindo*, p. 32).

—¡Ó, Júpiter, y cómo contra la muerte no basta fuerça ni valentía!, que sin dubda ésta es ella disfraçada de cavallero, lo cual se muestra en su escudo con muestras de su figura en el hecho de tal obra. ¡Ó, dioses inmortales! ¿Y con qué pagaré yo lo que devo a la muerte del mi muy querido hermano?, pues no con menos hazaña que con dar muerte a la muerte la tengo de redemir (*Florisel III*, p. 127).

—¡Ó, diablo, que otro no puede ser pues mataste mis tres compañeros que los dioses en los cielos a do están temblavan d’ellos! Yo te prometo que no te me vayas sin castigo ni yo quedaré sin vengança de ti (*Segunda parte de Espejo*, p. 178).

Pero la identificación del contrario con un ser superior no es una explicación que lo satisfaga durante mucho tiempo. Fi-

nalmente, el gigante ha de aceptar lo evidente: ha sido vencido. El choque contra esa realidad le hace comprender de manera clara que su soberbia lo ha llevado a la derrota:

—¡Ay cativo, escarnido soy por un hombre solo! (*Amadís*, p. 345).

—¡Ay, cautivo! —dixo él—, y cómo soy vencido y escarnido por la mi gran locura atreviéndome en las mis grandes fuerças! Y esto me ha venido a mí por falsar la verdad (*Primaleón*, p. 311).

—¡Ó, cativo de mí!, que mi sobervia e poco saber más que tu esfuerço me han traído a este tiempo donde de ti muerto o vencido no puedo escapar. Pero porque de dos males se ha de escoger el menor, más quiero morir que no bivar tu cativo (*Floriseo*, p. 220).

El adjetivo que inicialmente usó para definir a su contrario (“cativo”) vuelve a reaparecer en boca del gigante, pero ahora para hablar de sí mismo. El gigante, durante la lucha, se ha visto forzado a reinterpretar la realidad, una realidad que se escapa a su comprensión desde el momento en que no puede derrotar a su enemigo. Los parámetros que utilizaba previamente ya no le sirven para entender el mundo; dichos parámetros se apoyaban en algunas ideas como su infalibilidad, su indesestructibilidad y su superioridad frente a los demás. Una vez que ha comprobado que todos esos parámetros son erróneos, ha de transformar su concepción del mundo, un mundo que se presenta diferente ante sus ojos. Y en ese mundo se ve forzado a llamarse a sí mismo “cativo”, tal y como al principio (de forma equivocada) calificó a su contrario³⁸.

LAS PALABRAS DE LOS CABALLEROS Y CRIADOS AL SERVICIO DEL GIGANTE

La arrogancia del gigante también puede llegar a sus sirvientes. La gente al servicio del jayán, que se sabe protegida por su poderoso señor, se comporta y habla a veces con la misma soberbia de los gigantes. Así, en el *Palmerín de Olivia*, encontramos a un escudero que sale a la ventana del castillo del gigante

³⁸ Si bien es cierto que muchos gigantes no asumen la realidad y mueren sin abandonar su tozuda soberbia.

Darmaco e interroga a Palmerín de una manera muy cercana a como hemos visto que lo hacen los jayanes:

- Amigo, ¿es en este castillo el jayán Darmaco?
- ¿Por qué lo preguntáys? —dixo el escudero.
- Porque le querría embiar a dezir por vos que le ruego mucho que se pare ende adonde vos estáys para dezirle que enmiende un tuerto que tiene fecho a una dueña, que no le meresció que le tomasse a su fija e sus castillos.
- En mal punto pensastes tan gran locura —dixo el escudero— de tener osadía de venir a su castillo. Darmaco no es aquí, que es ydo a otro castillo suyo; mas esperad un poco, que su fijo vos responderá a lo que a su padre demandávades (p. 86).

En la *Tercera parte de Florisel de Niquea* volvemos a encontrar un caballero que, al servicio de gigantes, demuestra la misma soberbia y jactancia propia de éstos, interpellando a uno de los héroes tal y como hemos visto que hacen los jayanes:

- ¿Quién eres tú que con tanta priessa llamas?
- Soy un cavallero —dixo el emperador— que quiero entrar a hablar a los jayanes.
- ¿Qué quieres tú hablarles? —dixo el cavallero.
- Saber —dixo el emperador— en qué forma traen o por qué cierta compañía que en unas andas acá metieron.
- Por cierto —dixo el cavallero— que tú vienes a pedir cuenta que si la atiendes que no irás sin el alcance (*Florisel III*, p. 126).

“¿Quién eres tú?” “¿Qué quieres tú hablarles?” “Tú vienes a pedir cuenta que si la atiendes no irás sin alcance”, preguntas y amenazas que, como hemos comprobado, son propias del habla de los gigantes. Las personas al servicio del gigante hablan como gigantes, porque perciben a su señor de una manera idéntica a como lo hace él mismo: indestructible e invencible. El escudero no ha de mostrar cortesía, porque su señor no es cortés. El escudero imita al gigante, su señor, en tanto que el señor se convierte en modelo de comportamiento.

En la *Segunda parte de Espejo de príncipes y caballeros*, el Caballero del Febo llega a una isla en que un gigante se dedica a matar semanalmente varias personas. Decidido a eliminar tan mala costumbre, el caballero se encamina al castillo del gigante, pero antes se encuentra con unos caballeros de éste, que se dirigen a él de esta forma:

—¿Cuál diablo, sabiendo la costumbre que aquí se usa, te dio, caballero, atrevimiento de llegar aquí? Pero por me parecer que más ignorancia que otra cosa lo deve de aver causado, te dexaré ir tu camino, con tal que me dexes tus armas y aquel cavallo, si es tuyo, que me ha contentado mucho (*Segunda parte de Espejo de príncipes*, p. 25).

Como hemos visto anteriormente, los escritores de libros de caballerías ponen con frecuencia en boca del gigante la pregunta “¿Quién te dio atrevimiento/osadía?”. Aquí encontramos esa misma pregunta, pero no pronunciada por un gigante, sino por un caballero a su servicio. También amenazarán al protagonista cuando su cabalgadura acabe con la vida de uno de ellos (“—Pues yo te prometo que te cueste a ti la vida el desorden que ha hecho tu cavallo”, *loc. cit.*).

El Caballero del Febo humillará en la lucha a estos caballeros que adoptan la forma de hablar propia de los gigantes. El combate se convierte en la antesala de la gran batalla que el Caballero del Febo librará contra el temible gigante Bramidoro. La arrogancia gigantea llega a todos los que sirven al jayán. Éste, sin embargo, no se expresará de una forma tan soberbia. Las palabras de sus caballeros satisfacen las expectativas de un público que espera encontrar el castigo a la soberbia³⁹.

Por tanto, los criados y caballeros de los gigantes hablan, algunas ocasiones, con expresiones propias de jayanes. Esto resulta coherente con el universo ficticio de estos seres: los criados adoptan como modelos a sus señores. Pero las palabras de los criados del gigante pueden servir para satisfacer la serie de expectativas que el lector ha creado con respecto al combate contra el gigante, un combate en el que la soberbia ha de terminar derrotada. Cuando el gigante no resulta lo suficientemente soberbio, sus caballeros pueden demostrar la jactancia que ha de ser castigada.

LAS PALABRAS DEL GIGANTE ANTE SU CONVERSIÓN

El héroe caballeresco, durante la dura lucha con el gigante, no puede por menos que admirar la fuerza y el valor de su con-

³⁹ Otro de los gigantes del libro, Tefereo, sobrino de Bramidoro, es demasiado cortés, pero uno de sus criados no lo es tanto: “¿Quién eres, que tan atrevidamente, siendo extraño, has tenido osadía de llamar a do no puedes escapar sino con la muerte” (*Segunda parte de Espejo*, p. 32)

trario. El caballero lamenta entonces que un guerrero de esas características no se dedique a servir a Dios. Por ello, el héroe intenta a veces convencer al jayán de que abandone su mala vida, pero no siempre consigue que entre en razón. Armentalao, un jayán de la *Segunda parte de Clarián de Landanís*, rechaza la salvación con un lenguaje propio de jayanes:

¡Ó, perro captivo! ¿e para tal cosa como éssa tuviste atrevimiento de fablar? Por Júpiter te digo, si a dicha mía fuera que yo alcançara a ver el vencimiento del gran rey de Persia contra los cristianos, yo avía de ser en que uno tan sólo en el mundo no quedara a vida. Por esso, verás cómo me aconsejas que lo sea yo (*Clarián II*, p. 181).

Armentalao no está dispuesto a cambiar de actitud ni de costumbres. Por ello, resulta lógico que su forma de hablar tampoco cambie. De ahí que encontremos expresiones tan propiamente giganteas como “perro captivo”, la incomprensión (y furia) ante el atrevimiento del contrario (“¿e para tal cosa como essa tuviste atrevimiento de fablar?”), la referencia a los dioses paganos (“Por Júpiter te digo”) y las amenazas, que se extiende a todos los cristianos (“yo avía de ser en que uno tan sólo [de los cristianos] no quedara a vida”). Ante su negativa, Riramón, el héroe, sólo tiene una opción, acabar con la vida de tan malvado ser, cuya alma irá, sin duda, al infierno (“Pues tú no quieres salvarte, ve a los infiernos a recibir el pago de tus obras”). Armentalao muestra con sus palabras que los consejos del héroe no han calado en su comportamiento: el jayán resulta impermeable a todo buen aviso. De ahí que en su respuesta utilice expresiones propias de los gigantes soberbios y paganos que están en consonancia con su actitud.

Pero en otros casos, los gigantes se convierten y abandonan sus malas costumbres. De esta forma, la conversión del gigante es casi un lugar común en los textos caballerescos. En las *Sergas de Esplandián*, Matroco se convierte tras haber luchado contra Esplandián; en la *Historia del emperador Carlo Magno y de los doze pares de Francia*, Fierabrás hace lo mismo tras su combate contra Oliveros; en la *Segunda parte de Espejo de príncipes y caballeros*, el fiero Bramidoro abandonará su mala vida al ser iluminado con la verdad cristiana por el Caballero del Febo, su adversario.

Son aquellos gigantes, que muestran previamente rasgos más propios de caballeros que de gigantes, los que terminan convirtiéndose. En la *Historia del emperador Carlo Magno y de los doze pa-*

res de Francia, Fierabrás, en plena batalla contra Oliveros, le ofrece su conocido bálsamo para que sane y pueda continuar la batalla: “—Oliveros, noble cavallero, ¡cómo me pesa de tu mal! Mas vente a mí presto, y beberás del bálsamo y cobrarás salud y toda la fuerça que perdiste” (p. 475).

Fierabrás no sólo le ofrece su bálsamo, sino que se dirige a su adversario como “noble cavailero”. Frente a los insultos tan frecuentes (“cativa cosa”, “vil criatura”, “cavallero sandio”), este jayán se muestra como caballero cortés, y Oliveros es consciente de ello: “—O, generoso pagano, quán grande es tu cortesía y nobleza. Bien tiran tus condiciones a la sangre donde descienes. Mas sepas que no llegaré a tu bálsamo si con la espada no lo ganares, ¿qual hidalgo podría darte la muerte aviéndole dado tú la vida?” (p. 476). Fierabrás, frente a la cortesía mal entendida de otros gigantes, comprende hasta qué punto puede facilitar el combate a su contrincante para no deshonrarlo:

—Juro al poder de mi Dios Mahoma que eres el más ostinado hombre de todo el mundo. Ningún peligro, trabajo ni ferida te ha podido hazer mudar propósito ni afloxar el corazón. Y te puedes loar, que nunca hombre delante de mí duró tanto ni en batalla tan fatigado fui como en la tuya he seído. Y por tu grande valor quiero usar deste cortesía contigo, que tomes tu espada y con ella buelvas a la batalla si quisieres, y dexaré mi escudo porque quedemos amos iguales en armas (*Carlo Magno*, p. 479).

Fierabrás no le propone con condescendencia que abandone la lucha, ni se ofrece a combatir con menor número de armas. Las palabras de Fierabrás van encaminadas a que su contrincante no se encuentre en desventaja. Aunque esta propuesta del gigante recuerda mucho, en su expresión, a la cortesía mal entendida que hemos visto previamente, se trata de un ofrecimiento verdaderamente cortés, como reconoce Oliveros (“Muy noble pagano, no puedo negar tu grande cortesía y nobleza”, *id.*).

Si bien en otras ocasiones Fierabrás recoge en su expresión varios de los lugares comunes que hemos visto, también se deja entrever que no todo es malo en la psicología de este gigante, por lo que la conversión final no sorprende:

—O, noble Oliveros, cavallero de gran valor, en honra de tu Dios, el qual confieso ser Dios verdadero y onipotente, suplicote que no me dexes morir fasta que aya recebido baptismo, y después

farás de mí todo lo que tú quisieres, pues tú me venciste de buena guerra y muy leal batalla (p. 482).

Fierabrás, “iluminado de la gracia del Espíritu Sancto, conoció el error de los paganos” y solicita el bautismo para salvar su alma. El gigante ya había dado muestras de cortesía previamente, pero en esta solicitud del bautismo se observa la humildad y cortesía plenamente caballerescas, rasgos de la nueva y definitiva identidad de Fierabrás.

Matroco, en las *Sergas de Esplandián*, es uno de los casos más conocidos de gigante convertido. En su caso, su conversión resulta gradual. Durante la lucha, sus palabras y expresiones son típicamente giganteas (soberbias e insultantes); tras haber sido derrotado decide abrazar la religión cristiana:

Cavallero, agora conozco ser verdad lo que me dexiste, que no de ti te viene el esfuerço, mas de Aquel en quien es la verdad y el poder; que si assí no fuesse, no bastaran tus pequeñas fuerças para assí forçar las grandes mías y de aquellos que oy has vencido, porque ellos y yo bastávamos para conquistar tales ciento como tú (*Sergas*, p. 169).

Matroco no está dispuesto a considerar a su enemigo un ser digno de él, sino que se apoya en la religión para entender lo incomprendible: su propia derrota. A pesar de que ha decidido convertirse, su orgullo y soberbia todavía empapan sus palabras, pues no duda en menospreciar a Esplandián. Pero, de cualquier manera, está decidido a abrazar la religión cristiana:

E pues que assí es, de Aquel que la injuria y el daño recibí por ser su enemigo, de Aquel mismo, siendo su siervo, quiero aver la emienda y la merced; y desde agora te digo que con la batalla o sin ella, o con la vida o la muerte, quiero creer en el que tú crees y fenescer en su ley (*id.*).

Sin embargo, Matroco, una vez bautizado, parece tocado por la gracia de Dios y haber abandonado del todo la soberbia⁴⁰.

En la *Segunda parte de Espejo de príncipes y caballeros*, Bramidoro es un gigante que lleva a cabo sangrientos sacrificios; pero

⁴⁰ “Cuando las obras fizieren verdaderas mis palabras, estonces avré por buena la honra que me das; en tanto, yo me pongo en tu poder y este mi señorío te dexo. Haz lo que tu voluntad sea” (*Sergas*, p. 170).

esa actitud se explica, más allá de su condición gigantea, porque Bramidoro ha perdido a su amada Arcalanda, que se suicidó por mantenerse casta. La locura de amor lo ha llevado a vengarse en los propios súbditos de la ejemplar dama. Sin embargo, a pesar de esta horrible costumbre, Bramidoro se presenta como un gigante mesurado en sus palabras. El gigante pregunta a su adversario quién es, pero lo hace con una cortesía poco frecuente en gigantes: “Ruégote, cavallero, que antes que la batalla començemos me quieras dezir tu nombre”, si bien con ironía “porque según tu osadía me pareces hombre de estima y que debes de aver sido alfaquí en tu pueblo y que sabes más para predicador que para cavallero”. Por otra parte, tampoco prorrumpe en improperios, sino que conoce la fama de su contrario y lo admira, al tiempo que admite la posibilidad de ser vencido: “—Huélgome —dixo el gigante— que seas tú aquel que con tu fama el mundo has espantado. Y para que conozcas mi poder, te quiero dar batalla, con condición que, si me vencieres, trairé por blasón de ser tu vencido y estar sujeto a tu voluntad” (p. 27).

También las amenazas de Bramidoro son bien distintas de aquellas a las que los jayanes soberbios nos tienen acostumbrados: “pero si escapas de mis manos, que no creo escaparás, con sólo tu cavallo me contentaré, que me parece bueno, si assí mismo de mi sobrada furia sale libre” (*id.*). Bramidoro no planea acabar con la vida de su adversario, si bien contempla la posibilidad de que durante la contienda éste pueda morir. Por tanto, no pretende vengarse, sino tan sólo aceptar el desafío. Su comportamiento es muy diferente al de otros jayanes, si bien la conversación recoge los tópicos que hemos mencionado, pero desde la cortesía⁴¹.

La expresión de Bramidoro resulta más cortés y mesurada de lo que se pudiera esperar de un jayán. De esa forma, no sorprende su conversión y la amistad que establece con el héroe⁴².

⁴¹ “Qué demandas, cavallero, que delante de mi malhadada costumbre y sin temor d’ella aquí llegaste, presentándote de tu propia voluntad al sacrificio?” (p. 26); “Ruégote... me quieras dezir tu nombre” (p. 27); “si atenderme osares” (p. 26).

⁴² Además de Bramidoro, su sobrino Tefereo también se convertirá. Pero quizá el más mesurado de todos los gigantes de esta obra sea Brandafidel, que en ningún momento cae en la descortesía ni aun en la ironía. Todos ellos, además, presentan un aspecto menos fiero y más agradable que el de los gigantes soberbios.

Más razonable incluso se presenta el jayán Mandroco, que, en la *Tercera parte de Florisel de Niquea*, se convierte en gran amigo de Amadís de Grecia, tras haber sido derrotado por él. Pero ya durante la batalla había dado muestras de ser un gigante distinto, preocupado por su honra, por lo que impidió que sus caballeros atacaran a Amadís. Por otra parte, el propio héroe reconoce que Mandroco se comporta y se expresa con nobleza en busca de la razón y con justicia:

Tú en dos batallas que entre mí e ti uvo has sabido llevar la gloria de la mayor. Las batallas fueron la primera la que como brutos despedaçando las carnes hezimos, la segunda la que con las armas alegando la razón contendíamos como hombres... De la segunda llevaste tú lo que tú sin ella pudiste ganar, que es sojuzgarme y vencerme el alma quedando de ti vencido (p. 131).

Amadís reconoce la cortesía del gigante, quien se presenta así con una imagen distinta a la tradicional en estos textos. La amistad que une finalmente a los dos adversarios se hace posible ya que previamente se ha ofrecido una imagen más caballeresca que gigantea de Mandroco. El gigante utiliza expresiones propias de su condición (“¡Ó, inmortales dioses...!”), pero elimina todo rastro de soberbia; la conversión del gigante implica aquí una inversión de la expresión gigantea:

¡Ó, inmortales dioses, y cuándo os merecí yo que tan a mi honra pudiesse yo merescer aver por señor al mayor príncipe y valeroso cavallero que en el mundo nació! ¡Ó, valeroso príncipe, cuán bien hezistes en dezir el ditado de vuestra persona como de mayor grandeza que el del estado! Suplico a la vuestra grandeza como vuestro vassallo las manos me deis, pues pudieron darme victoria y salud con mi sangre, que esparzieron en la enfermedad de la enemistad que a vós y a vuestro linage [enfrentó con el mío en] el testimonio por las muertes de Furior Cornelio y todos los que de su linage, que es el mío, por vós y los del vuestro son muertos (*Florisel III*, p. 132).

El jayán mantiene la invocación a los dioses (“¡Ó, inmortales dioses...!”), así como la expresión de sorpresa, pero ahora no se trata de sorpresa teñida de odio y furia, sino de agradecimiento. La soberbia gigantea se convierte en humildad (“¿...y cuándo os merecí yo que tan a mi honra pudiesse yo merescer aver por señor al mayor príncipe y valeroso cavallero que en el

mundo nació!”). El gigante se presenta como su vasallo y le pide las manos, e incluso recuerda, pero sin rencor, las muertes de miembros de su familia de la mano del caballero o de sus parientes.

En definitiva, en aquellos casos en los que el jayán abandona su mala vida, también asume la humildad y la cortesía caballeresca, dejando atrás la soberbia y la grosería gigantesca. La conversión (de costumbres o de religión) implica la adopción de una nueva identidad, más propia del caballero, una identidad en la que la cortesía se asume como rasgo inevitable de la expresión. Al desaparecer la vanagloria en el jayán, surge su cortesía caballeresca. El gigante, tras su conversión, abandona, entre otras malas costumbres, la soberbia con que se expresa.

EL ORIGEN ROMÁNICO DE LAS PALABRAS DEL GIGANTE

Buena parte de los lugares comunes de los libros de caballerías hispánicos sólo pueden comprenderse desde la tradición artúrica y caballeresca en general. Las expresiones típicas de los jayanes que hemos analizado proceden de dichas tradiciones. Algunos textos que hemos utilizado (*Tristán*, *Melosina*, *Tablante*, *Carlo Magno*) no son sino traducciones de textos franceses en los que ya se encontraban los tópicos que proliferarían en el siglo XVI en el *corpus* de los libros de caballerías hispánicos.

En *Melusina o la noble historia de Lusignan*⁴³, Jofré el del Gran Diente va en busca del gigante Gardón. Cuando lo encuentra, el jayán lo interroga de la siguiente manera: “Caballero —le grita—, ¿qué buscas aquí?”. La respuesta de Jofré indica su ánimo guerrero: viene a “cancelar el tributo que has impuesto a la gente de Remondín de Lusignan”, y sabe bien que esto no se conseguirá sino luchando. La reacción de Gardón es, como es de esperar, la de “encolerizarse de pura rabia, al ver que un solo caballero le hace la guerra y va a desafiarle a su propia casa” (p. 185). Este gigante se considera insultado ante este hecho y, tras armarse, sale a buscarlo, no sin antes preguntar: “¿Quién eres tú, caballero, que tan valientemente vienes a buscarme?” Gardón da muestras de lo que hemos denominado “cortesía mal entendida” y le propone que se marche:

⁴³ JEAN D'ARRAS, *Melusina o la noble historia de Lusignan*, trad. C. Alvar, Siruela, Madrid, 1982, pp. 185-186.

—Loco, por el gran atrevimiento y valentía que tienes en tu corazón, siento lástima por ti; voy a hacerte una gran cortesía. Ten en cuenta que, aunque estuviereis quinientos como tú, no podríais resistir mi fuerza, pero, como me da lástima matar a un caballero tan valiente, te doy permiso para que te vayas (*loc. cit.*).

Esta “cortesía mal entendida” del gigante va acompañada del insulto, “loco”, y así vuelve a llamar a Jofré cuando éste rechaza su ofrecimiento (“Loco, si llega la batalla, no resistirás uno de mis golpes sin caer al suelo”, *loc. cit.*). Gardón, como es de esperar, muere a manos de Jofré, pero antes “lanza un grito tan fuerte que resonó por todo el valle”. La intensidad del grito es tanta que los “que esperaban en el valle lo oyeron claramente, y también lo escucharon algunos que estaban en los territorios alrededor” (p. 186). El gigante se despide del mundo no con palabras, sino con gritos inarticulados.

La reacción y palabras de Gardón, retomadas en las traducciones castellanas cuatrocentistas, son muy parecidas a las que se encontrarán en el siglo XVI en los libros de caballerías hispánicas. Pero esta obra no es la única en la que encontramos antecedentes de estas expresiones giganteas. En el *Caballero del León* de Chrétien de Troyes, Harpín de la Montaña dice a Yvain: “El que te envió aquí no te quería mucho, ¡por mis ojos! Ciertamente, no podría de ningún modo mejor vengarse de ti. Muy buena venganza se ha tomado de cuantos males le hayas hecho”⁴⁴.

Recordemos cómo en el *Polindo* el gigante exclamaba “¿quien fue aquel que tan mal te quería que tan conocidamente a la muerte te aconsejó que vinieses?” (p. 78) y en la *Historia de Carlo Magno y de los doze pares de Francia*, Fierabrás exclama ante Oliveros “¿en qué erraste a Cario Magno que así te embió aquí, como quien embía un cordero al carnicero?” (p. 464).

Resulta indicativa la versión alemana del texto de Chrétien de Troyes realizada por Hartmann von Aue, que traduce el texto de la siguiente manera:

—Ay, loco —dijo—, ¿en qué habéis pensado para despreciar así la vida y desear tanto la muerte? Quien os ha dado este mal consejo no quiere que sigáis más con vida, sino que, a decir verdad, desea vengarse de vos por algún mal que le hayáis podido causar. Y se

⁴⁴ CHRÉTIEN DE TROYES, *El caballero del León*, trad. I. de Riquer, Alianza, Madrid, 1988, p. 100.

ha vengado bien, pues yo me ocuparé en seguida de que nunca más le hagáis ni mal ni bien⁴⁵.

Aquí el gigante llama “loco” al protagonista, inexistente en el original. Los añadidos del alemán sobre el original francés retoman los tópicos de la expresión gigantea, que, a su vez, resultan coherentes con la representación del gigante soberbio.

Otro de los textos castellanos de origen francés a los que hemos aludido es la *Corónica de los nobles cavalleros Tablante de Ricamonte y de Jofre*, cuyo origen se encuentra en un poema artúrico del siglo XII, el *Jaufré*. Pues bien, el texto castellano resulta bastante parco a la hora de recoger esos lugares comunes. Pero el poema medieval francés había presentado a un leproso-gigante que mantenía la siguiente conversación con el héroe:

—¿Quién te ha traído aquí? ¿Has venido para entregarte prisionero?

Y Jaufré respondió que no.

—Entonces, ¿por qué motivo has entrado en mi casa? ¿Qué es lo que buscas?

—A un leproso que, delante de mí, ha entrado aquí con un niño cuya madre me ha pedido llorando, por amor de Dios, que se lo devuelva.

—Bien encontrarás quien te lo prohíba, loco, villano, lleno de desmesura. Bien seguiste tu malaventura al entrar en este sitio. Bajo mal augurio te levantaste, porque tu vida será muy corta⁴⁶.

En esta conversación encontramos buena parte de los lugares comunes que hemos analizado previamente: la forma como el gigante recaba información de manera directa y poco cortés, los insultos (entre los que se encuentra “loco”), las amenazas, la “malaventura” que ha llevado al caballero a la presencia del gigante... nos encontramos ante un ejemplo más de la tradición a la que pertenecerán, pasados los siglos, los libros de caballerías españoles. Todos estos textos románicos (y sus versiones germánicas) ilustran el contexto que vio conformarse los lugares comunes que hemos analizado en los textos caballescres del quinientos español.

⁴⁵ HARTMANN VON AUE, *Iwein*, trad. V. Millet, PPU, Barcelona, 1989, p. 129.

⁴⁶ *Jaufré*, trad. F. Gómez Redondo, Gredos, Madrid, 1996, p. 111.

La representación del habla gigantea en los libros de caballerías hispánicos procede de una tradición medieval vinculada principalmente con la literatura artúrica. Famongomadán, del *Amadís de Gaula*, Candramarte, del *Gaballero del Febo*, o Caraculiambro, del *Quijote*—entre otros tantos gigantes de complicados nombres— deben sus características a una tradición que hunde sus raíces en la literatura artúrica y caballeresca románica.

JOSÉ JULIO MARTÍN ROMERO
Universidad de Jaén

